tigo se pueden corregir, sino porque la pena se proporciona a la culpa.

No hay duda sino que los malos son miserables: «Pues, como dice este sabio (11), cuando son castigados, tienen anejo algún bien, que es la pena que padecen, la cual es buena por razón de que es justicia; y en los mismos malos, cuando carecen de castigo, está algún otro mal de más a más, el cual es la privación de pena: por lo cual más desdichados son los pecadores cuando sin hacer justicia en ellos, están privados de pena, que cuando con justo castigo son afligidos.»

Enseña después Boecio que no puede ser dichoso quien es digno de pena; y la verdad es, que no le puede hacer mejor carecer de castigo si le merece.

Desdichado, pues, es en medio de las mismas dichas quien está en pecado. Malaventurado es, aunque esté en los brazos de la fortuna. Miserable es entre sus felicidades; maldito es de Dios. No puede escapar de malaventura, aunque no le venga la eterna; basta tener culpa, aunque no padezca la pena. Tema un solo pecado más que todos los tormentos temporales y eternos. Tema a la culpa más que al mismo infierno. No es por eso mejor el pecador en esta vida, antes si se quitara del infierno el blasfemar de Dios, el aborrecer al Criador, el estar sin remedio privado para siempre de Dios, la pena de los tormentos no es mala, sino justa y santa, pues la causa Dios; y es una gran hermosura del universo que padezca castigo quien le mereció por el delito, y que se ajuste y proporcione la pena a la culpa. Y así, más debía temer y estremecerse uno de las culpas de esta vida que de las penas de la otra.

Excede infinitamente el mal de la culpa al mal

---

(11) *Cons.*, lib. 4, cap. 12.

de la pena, porque según los santos, tanto es mayor el mal, cuanto es mayor el bien de que priva: la pena lo que priva es del contento y gusto humano; la culpa mortal, de Dios; y lo que va de la infinita perfección de Dios al gusto del hombre, se ha de temer más y pensar que es peor el pecado que todos los tormentos temporales y eternos que puede dar la Omnipotencia Divina. Temamos las culpas en esta vida, no temamos sus penas. No hay pena en esta vida que no tenga mucho de bien, y no hay culpa que no sea toda mala. La pena tiene siempre aneja alguna cosa buena, porque Dios la envía y la envía para bien; el pecado todo es ponzoña y pestilencia, todo malicia, y por todas partes es para temer y temblar de sólo su nombre. Todas las desgracias y calamidades del mundo no son de temer en comparación del pecado. «Nombres son de calamidades solamente, dice San Crisóstomo (12), la verdadera calamidad es ofender a Dios.»

CAPITULO 9

LO QUE HAN HECHO LOS SANTOS POR TENER LA GRACIA, Y CUÁNTO LA ESTIMARON

§ 1

Los santos que tuvieron algún conocimiento de la gracia, la apreciaron sobre todos los bienes del mundo. Con riqueza, con honras, con gustos, con salud, con sus propios miembros, con la vida misma atropellaron, sin reparar en nada, por asegurar este don divino o por aumentarle; y después que lo dieron todo por él, fué gracia y favor

(12) Homil. 5 ad Popul.

el recibirle. Por eso tiene este bien tan inmenso nombre de *gracia;* por más que se dé y padezca por alcanzarle, es, siempre que se diere, *gracia* y beneficio no debido.

Todo se debe dar por lo que es sobre todo. Nunca dijo exageración el Hijo de Dios que faltase a la verdad; y nos encarga que *si nos escandalizan los ojos,* de modo que hayamos de perder la gracia o dejárnoslos sacar, los dejemos sacar; y lo mismo es de los pies y de las manos, que hemos de querer verlas cortadas y que nos falten todos los miembros del cuerpo y la vida del mismo cuerpo, antes que la gracia.

Lo cual cumplieron fidelísimamente algunos siervos suyos, y debemos cumplir todos los redimidos.

San Quirino dió pies y manos, que se dejó cortar, antes que perder la gracia.

El santo mártir Serapión, no pies y manos solamente, sino miembro por miembro, y artejo por artejo sufrió cortasen en menudas piezas, padeciendo tantas muertes cuantos golpes recibía, sólo por no perder la gracia; no hubo miembro que no dejase cortar en muchos trozos, con gran contento de su alma.

San Nicéforo, de la misma manera, después de asado en parrillas, se dejó ir desmenbrando a pedazos.

¿Qué géneros de tiranías, qué tormentos no han padecido otros santos? Horcas, cuchillos, clavos, cruces, sierras, ruedas, ecúleos, tenazas, fieras hambrientas, plomo derretido, todo lo han llevado con paciencia, y es menos que merece la gracia, por la cual mil vidas habíamos de dar, y padecer millones de tormentos, aunque no nos diesen después la gloria.

¿Qué diré de otros santos confesores, que no afligidos de tiranos, sino voluntariamente, se martirizaban tanto como lo hicieron los más crueles

verdugos, temiendo más un peligro del alma que todos los daños del cuerpo?

El bienaventurado Juan el Bueno, cañas agudas se metió por las uñas de los dedos, dando con tal fuerza contra una peña, que le salieron las puntas por las muñecas. En menos estimó padecer mayor martirio que le diera el anticristo, que estar a riesgo de perder la gracia.

San Martiniano, en otra terrible tentación, hizo una hoguera de sarmientos, y con los pies descalzos se arrojó en medio de las llamas, y estuvo en ellas hasta que se quemó buena parte de su cuerpo, y saliendo de allí a cabo de rato, y hablando consigo mismo, dijo: «¿Qué te parece, Martiniano? Bueno te ha parado este fuego, con ser breve el tiempo que has estado en él: acuérdate que el fuego del infierno es eterno; acuérdate del gusano que nunca muere, y del crujir de dientes, y que los demonios son crueles, y nunca se cansan de atormentar a los condenados.» Con esto volvió a echarse otra vez en el fuego y a quemarse más.

San Francisco, una vez por brasas encendidas se revolcó desnudo, otra por la nieve helada, por asegurar la gracia.

Otros por zarzas y espinos han estregado sus carnes. Menos es todo daño que un riesgo de pecar.

Santiago, anacoreta, en una ocasión que sospechó podía ser de peligro, detuvo la mano en el fuego, dejándosela asar y derretir.

Con este esfuerzo se ha de defender el estado divino de hijos de Dios, y pelear contra el pecado, resistiendo hasta derramar sangre. Todo es poco por tener el bien de la gracia; todo es poco por no tener el mal del pecado; todo es poquísimo, por tener la gracia y no tener pecado. Aprenda el cristiano cómo debe resistir las tentaciones; no piense que los santos no las tuvieron,

sino que las vencieron; sintiéronlas, no las consintieron; a costa de su carne guardaron su alma; afligieron su cuerpo, porque no padeciese su espíritu.

También fué raro ejemplo el que cuenta San Jerónimo (1) de un casto mancebo, al cual procuraron los tiranos con todos los medios posibles, que ofendiese a Dios. Para esto le hicieron acostar desnudo en una cama regalada, en una grande amenidad de un jardín, atándole con blandas ataduras pies y manos para que no pudiese defenderse. Trajeron luego una mujer muy ataviada, para que le provocase a mal. Hizo todas sus diligencias la mujer; pero viendo el purísimo mancebo el peligro que corría su gracia, y que no podía defenderla de otra manera, se cortó la lengua con sus propios dientes, que sólo tenía libres, y la escupió en la cara de la deshonesta mujer, y así la espantó y echó de sí con este generoso hecho, y templó con el dolor el encendimiento de su carne.

No sólo en vencer las tentaciones, sino en huir las ocasiones de pecar, aunque bien apartadas y remotas, nos dió excelente ejemplo Martiniano. Por sólo que en un lugar tuvo una vez sola peligro de pecar, y ése inopinado, aunque cesó el peligro, no paró allí un punto, temiéndose de aquel sitio por sola la memoria del peligro; y por no ver en toda su vida mujer que una vez le tentó para mal, fuera del mundo se quisiera ir y hundir debajo de la tierra Hizo lo que pudo, y desterrándose de toda la tierra, se fué a vivir al mar en una isleta solitaria que hacía en una peña. Allí no quiso hacer choza, ni cueva, ni celda, porque en cosa semejante tuvo una vez peligro. Pasó allí con notable abstinencia y rigor por seis años, con una vida más que humana, y pareciéndole que estaba seguro de las mujeres,

(1) *Vita S. Pauli.*

conoció que no lo estaba, y que en la tierra y en la mar, en el fuego y en el agua se deben temer. Porque navegando una nave por aquellos mares, el demonio por permisión de Dios la hizo dar en aquella roca en que estaba Martiniano y la quebró, y todos los que venían en ella se ahogaron, si no fué una doncella muy hermosa, que en una tabla se salvó, y asiéndose de la peña comenzó a clamar: «Ayúdame, siervo de Dios, y dame la mano para que no perezca en este profundo.» Turbóse Martiniano cuando vió la mujer y oyó sus palabras, y entendió la astucia del enemigo. Armóse con la oración, y juzgando que le corría obligación para que aquella mujer no pereciese allí por su culpa, le dió la mano y la sacó del agua; y como la viese tan hermosa y de buena gracia, la dijo: «La estopa y el fuego no están bien juntos; quédate aquí y come del pan y bebe del agua que aquí queda, como yo lo hacía, hasta que venga un marinero que me suele visitar, que será de aquí a dos meses; cuéntale tu trabajo y él te sacará de aquí y te llevará a tu ciudad.» Y diciendo esto, hizo la señal de la cruz sobre la mar, y mirando al cielo y hablando con nuestro Señor, le dijo: «Señor, confiado en Vos me echo al mar, porque más quisiera morir ahogado que no ponerme a peligro de perder vuestra gracia y mi castidad»; y exhortando a la que tenía delante a la virtud y a perserverar en el temor de Dios, se arrojó a la mar. Vinieron luego dos delfines, por ordenación de aquel Señor que nunca desampara a los suyos, y a quien todas las criaturas obedecen, y le tomaron encima, y le pusieron en tierra; y el santo hizo gracias por ello al Señor, suplicándole que le enseñase lo que debía de hacer. Y pensando entre sí que el demonio le perseguía en el agua y en la tierra, en la celda y en la peña, determinó de no estar en un lugar, sino irse peregrinando por el mun-

do, pobre y mendigo, sin llevar cosa consigo, y así lo hizo por espacio de dos años que vivió, quedándose en cualquier parte que le tomase la noche. Tanto odio tenía al pecado, que hizo por estar más lejos de su ocasión tantos extremos (2).

Confusión es la flojedad y excusas de muchos para no apartar de sí las malas ocasiones, excusándose con su comodidad o interés u otros respetos vanos del mundo. Donde hay peligro de pecar se ha de poner tierra en medio; huirse tiene lo posible, con todo se ha de atropellar. Piérdase todo, y no se pierda la gracia. Piérdase el cuerpo y muera de hambre, y no se pierda el alma. Piérdanse todos los bienes del mundo, y no se pierda Dios.

Son homicidas de sí mismos los que confían de sí, deteniendo la ocasión de su muerte.

Padre y madre y hermanos hemos de dejar por Dios, ¿por qué no se han de dejar los extraños?

Asegurar la gracia y la salvación del alma es lo que importa, aunque huyamos de la toda la tierra. Sin causa ni ocasión ninguna dejaron muchos todas las cosas; pues ¿por qué, habiendo ocasión y necesidad forzosa, no dejará algunas quien desea salvarse?

Aunque no comas sino raíces y hojas de árboles, aunque no vistas sino pieles de animales, aunque no te acuestes sino en ese campo, por asegurarte de no perder la gracia, conviene que lo hagas.

§ 2

La estima que a la gracia se debe, no ha de ser solamente en contraposición de alguna culpa, sino también por sí misma ha de estimarse, aunque no haya riesgo alguno de pecar. Y así, por alcanzar un grado más de gracia, no perdieron diligencia los fieles siervos de Cristo, sin reparar en perder por ello ojos, manos y pies.

Santa Brígida, virgen, por granjear más de este bien soberano en el estado virginal, que en

(2) Acta SS., 13 febr.

el matrimonio, aunque en éste pudiera vivir santamente, pidió al Señor la desfigurase, y reventándosele uno de los ojos, le dió muchas gracias por tan singular favor. La misma Santa alcanzó con sus oraciones vista a una religiosa ciega, la cual, creciendo después en devoción, porque no la divirtiesen las cosas visibles de merecer más y más gracia, tornó a pedir a Santa Brígida la volviese a cegar. Más estimaron estas siervas de Jesucristo, sin tener riesgo de pecado, adelantar su gracia, que todo lo sensible; y dieron sus ojos, no porque las escandalizaba, sino sólo por alcanzar mayor parte del bien, que en la menor parte suya, es de inestimable aprecio.

También el siervo de Dios beato Francisco Servita dió por Cristo sus oídos, alcanzando de la Virgen le hiciese sordo por no oír murmurar.

Ni solamente los ojos ni oídos, pero todos los miembros de su cuerpo quiso dar San Mandeto (3); porque siendo hijo del rey de Irlanda y compeliéndolo a casarse, por no perder la mayor gracia de la virginidad, pidió al Señor tal enfermedad de todas las partes de su cuerpo, que no había quien parase en su presencia, de un hedor pestilencial que de sí exhalaba. Toda esta miseria tuvo por felicidad, si alcanzaba mayor grado de gracia por aquel camino. Privóse después de la herencia del reino de la tierra, por tener un punto más de derecho al del cielo.

En cosas muy menudas, que dejaron los santos pasar algún merecimiento, lo sentían y castigaban mucho. Recién entrado en el monasterio San Sabas, viendo un hermoso árbol cargado de manzanas, cogió una; pero conociendo que perdía algún aumento de gracia en no mortificarse, la arrojó luego de sí como si fuera veneno, y la pisó con los pies, condenándose a no comer aquella fruta en toda su vida, como lo cumplió en pe-

(3) *Ex Brev. Eccles. Biburniensis.*

nitencia de aquel descuido en adquirir mayor gracia.

Teodoreto escribe de Eusebio, monje (4), que estando un día sentado en una piedra grande con Amiano, el uno leía en los Evangelios, y el otro los estaba declarando. Sucedió que, como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella llanura, Eusebio por mirarlos se distrajo y apartó de la lección; y dudando entonces Amiano en lo que iba leyendo, dijo a Eusebio que se lo interpretase. Eusebio, como no había estado atento, le dijo que se lo leyese otra vez; conociendo por esto Amiano que se había distraído de lo que estaba haciendo, reprendiéndole, le dijo: «No es maravilla, si por deleitarte con la vista de los que trabajan, no percibiste como convenía las palabras evangélicas.» Como Eusebio oyó esta represensión, quedó tan avergonzado con ella, que mandó a sus ojos que en ningún tiempo se deleitasen mirando aquella vega, ni a las estrellas del cielo; y desde allí se metió por una senda estrecha, y se recogió a una choza, de donde nunca más salió todo lo restante de su vida. En esta estrecha prisión vivió cuarenta años y más, hasta que murió; y porque la necesidad con la razón le forzase a estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otra más pesada por la cerviz, y a estas cintas de hierro ató una cadena, y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese encorvado y no pudiese andar libremente. De esta manera se castigó este siervo de Dios por sólo una inadvertencia.

Un hermano donado de nuestra Compañía, gran siervo de Dios, llamado Agustín Sancri, porque una vez se distrajo con los ojos, hizo voto de no levantarlos en veinte años, y lo cumplió exactísimamente, teniendo oficios de portero y sacristán, que son para la vista de mayor ocasión, por

(4) *Historia Relig.*

los muchos con quien tratan. Tan notablemente castigan los siervos de Dios el pasárseles ocasión de lograr un átomo más de cosa en que han de participar más de su Criador.

También estuvo el santo Hugón, obispo de Grenoble, cincuenta años sin ver a mujer el rostro.

Aún más que todo lo dicho se mostrará la estima que los santos hacen de un grado más de gracia, con lo que sucedió e hizo Maurilio, Obispo, pues no por mayor gracia propia, sino ajena, porque se le pasó la ocasión de aumentarla en un niño, se condenó a notable penitencia. Estando un día el santo prelado diciendo Misa, vino a él una mujer con un hijo suyo que estaba para morir, para que le diese el sacramento de la Confirmación, y muriese su hijo con mayor gracia del Señor. Detúvose mucho el santo prelado en el sacrosanto Sacrificio, y en aquel espacio el muchacho acabó la vida. Cuando San Maurilio vió muerto al hijo, y las lágrimas y sollozos de la madre, y la causa porque se lo había traído, no se puede creer fácilmente el dolor que como clavo le traspasó las entrañas, temiendo que por culpa suya, aquel niño fuese muerto sin el sacramento de la Confirmación. Que los santos temen que hay culpa suya donde no la hay. Fué tanto su sentimiento, que no se podía consolar, y determinó de darse a mayores ayunos, asperezas y penitencias, para pagar con ellas aquella culpa que, a su parecer, había cometido. Para esto se retiró de su ciudad, y en grande trabajo y humildad hizo muchos años penitencia, sirviendo de hortelano a un caballero. Bien se salvaría aquel niño sin el sacramento de la Confirmación, porque ya tenía el bautismo; con todo eso, por aquel grado más de gracia que pudiera llevar con esotro Sacramento, juzgándolo por una pérdida incomparable, hizo el santo tan notables extremos.

De llorar es el descuido que hay en muchos cris-

tianos, perdiendo muchos grados de gracia, que por la frecuencia de los sacramentos de la Confesión y Comunión pudieran recibir, y los dejan perder llegando a ellos tan de tarde en tarde. Lloren este descuido y hagan penitencia de él, y de los muchos pecados que cometen por no llegar muchas veces a reparar las fuerzas espirituales en estas fuentes del Salvador. Si por no aumentarse la gracia ajena, juzgó este siervo de Dios que debía hacer tanta penitencia, ¿qué sentimiento se debe hacer cuando se pierde la propia?

Fueron también notables los tormentos con que se afligía Santa Mectildis por pecados ajenos. Una vez, porque oyó un cantar deshonesto, se moría de pena por aquella ofensa de Dios y menosprecio de su gracia; y para recompensarlo y satisfacer lo que pudiese, cogió buena multitud de vidrios quebrados, y revolcándose desnuda sobre ellos, rasgó todas sus carnes, de modo que era su cuerpo una llaga continuada, vertiendo sangre por todas partes, con tan notable dolor, que ni sentada ni en pie ni echada podía después estar.

Mayores cosas hizo también por los pecados ajenos Santa Cristina: en grandes fuegos quemaba sus carnes, padeciendo intensísimos dolores; otras veces en agua hirviendo se bañaba; otras entraba en ríos helados, estando días enteros y muchos en aquel rigor; andaba desnuda por espinos y zarzas; otras veces se revolcaba en ellas.

Fuera nunca acabar decir lo que han hecho los santos por la gracia y contra el pecado, así propio como ajeno; porque con el alto concepto que de Dios hacían, le hacían juntamente de su gracia, y así no perdonaron por la estimación de ella a dolor del mundo que no quisiesen padecer, ni gusto propio que quisiesen admitir porque se lograse en sí y en sus hermanos, y no hubiese quien a su Criador ofendiese. Procuremos nos-

otros tener igual estima de los bienes eternos, y entendamos que es poco todo lo que podemos hacer respecto de lo que debemos y merece la gracia de Cristo.

§ 3

Acordémonos lo que han hecho otros hombres, flacos como nosotros, pero con el favor divino y la estimación de lo eterno, menospreciaron todo lo temporal por asegurarse más de no pecar, por adquirir más gracia, porque nadie pecase, y se lograse en sus hermanos la muerte y sangre de nuestro Redentor. Diré lo que por el bien de todas estas cosas hizo Santiago, ermitaño, poniéndose en un tenor de vida admirable, y tesón de rigor y penitencia prodigioso; porque lo cuenta Teodoreto (5), que fué testigo de vista, por estas palabras: «Este gran ermitaño despreció toda humana defensa, y por sombra y cobertura solamente tenía el techo del cielo, y viviendo al sereno, recibía con ánimo sosegado y contento todas las injurias del aire; y tan aparejado estaba para sufrir las frialdades del invierno como los grandes calores del estío. Con esta su extraña constancia y sufrimientos hizo tan firme y sólida la frágil naturaleza del cuerpo, que parecía inmortal e impasible. Al principio se metió y encerró en una celda muy angosta, y fijando su alma en la contemplación de Dios, todo su ánimo y voluntad empleó en servir a su Majestad y librarse de los lazos de este mundo, y con sus altos ejercicios subir y llegar al Sumo Bien.

»Para esto se fué a un monte que está lejos de la ciudad de Ciro cien estadios; y aunque al principio era este monte estéril y de poco nombre, después lo hizo con su presencia tan ilustre y

(5) *Histor. Relig.*

fructífero, que todo él se veía lleno de gentes devotas, que le iban a visitar y a pedirle remedio de sus necesidades. El tiempo que estuvo en este monte no tuvo cueva ni choza, ni parte cubierta donde se pudiese acoger. Todo el tiempo casi gastaba en la oración.

»Una vez vino a caer enfermo de abundancia de cólera, por los muchos trabajos que pasaba, del gran calor y frío y sereno, y pasó toda su enfermedad con mucha paciencia, y nunca en toda ella se quiso poner a la sombra, hasta que un día que hacía grande calor, le fuí yo a visitar, dice Teodoreto, y como le vi con una encendida fiebre, por llevarlo a la sombra, le dije que me dolía la cabeza del sol, que no lo podía sufrir, y que por esto me diese licencia para hacer una poca sombra, y así con su licencia hinqué en el suelo tres cañas y puse sobre ellas dos cilicios. Hecho esto, el siervo de Dios me dijo que me fuese a la sombra. Yo le respondí a esto: «No parecerá bien, Padre, que yo siendo mozo y robusto me pusiese a la sombra, y tú, que eres tan viejo y estás con tal fiebre, te quedases a los rayos del sol; si tú, Padre, quieres ir a la sombra, yo iré.» Entonces, anteponiendo el bendito varón mi salud a su voluntad, me obedeció, y porque él se echase, me eché yo en el suelo, diciendo que estaba mal dispuesto; y estando los dos juntos, le vi que traía una cadena de hierro sobre sus hombros y cerviz, y tenía otras cuatro cadenas atadas a manera de aspa, desde el cuello a los muslos, las dos a la parte de adelante y las otras dos a la parte de atrás, y otras dos traía en los brazos, punto a los codos.

»Estando una vez malo a la muerte, le llevaron un poco de hordiate, porque era fresco; y no lo quiso comer, pareciéndole que quebraría su antigua e inviolable abstinencia; porque nunca comía otra cosa que lentejas remojadas en agua. Al fin, rogándoselo Policronio, que allí estaba, lo

comió cerrados los ojos, como si tomara algún tósigo.

»La perseverancia que tenía en la oración era grande: muchas veces se estaba tres días y tres noches echado sobre la tierra, puesto en contemplación, y era tanto su fervor y enajenamiento de sí mismo, que se solía cubrir de nieve y no dejaba la oración.»

Todo esto merece la gracia; de todo rigor es digna por conservarla y acrecentarla. Y si los santos que la poseían hicieron tanta penitencia por retenerla y crecer en ella, el pecador a quien le falta, no sé cómo puede vivir hasta alcanzarla, aunque le cueste dejar todas las cosas del mundo, y salud y vida.

CAPITULO 10

VARIOS SÍMBOLOS CON QUE LOS SANTOS Y PADRES SIGNIFICARON EL APRECIO QUE HACÍAN DE LA GRACIA Y DE SUS ADMIRABLES EFECTOS

§ 1

La grande estimación que de la gracia hicieron los santos, más lo mostraron con sus obras que con sus dichos, si bien no fueron en esto cortos a su posibilidad; y así con mil comparaciones, renombres y metáforas procuraban explicar lo que les era inefable. Pondré aquí algo de lo que dicen, no acabando ni acertando a decir todo lo que es don tan divino; porque así como a Dios por sus infinitas perfecciones y atributos, le dan muchos nombres las Divinas Letras, así a la gracia, por la multitud de sus excelencias y bienes, significan los santos con varios apellidos.

San Efrén (1) la llama huerto amenísimo por su hermosura y suavidad, y la variedad de virtudes con que adorna el alma, como con flores hermosísimas y fragantes rosas. El mismo santo (2) la llama maestra, guarda compañera, hermana, madre y luz

San Bernardo (3) la llama bálsamo purísimo por su preciosidad, suavidad, virtud y eficacia con que cura las heridas del pecado, y conforta con aquella fragancia que habla San Pablo, cuando dijo (2 *Cor.*, 2, 15): *Somos buen olor de Cristo.* San Crisóstomo (4) la llama muro inexpugnable, por lo que nos defiende y su mucha firmeza. y porque la hemos de guardar si queremos que nos guarde. San Antonino (5) la llama árbol de vida, porque con ella sólo viviremos vida eterna, y nos dará la verdadera inmortalidad. San Bernardo (6) la llama manjar dulcísimo, lleno de suavidad, que no sólo deleita, pero repara y medicamenta; y así, San Paulino dice ser una medicina saludable, porque sana nuestra naturaleza y cura la enfermedad del pecado. San Bruno (7) la llama fuego, por ser el más noble entre los elementos, y más eficaz y de más admirables efectos. Y así como al fuego acompaña el calor, así a la gracia la caridad y amor de Dios. El fuego purifica, también la gracia; el fuego ablanda y derrite la cera, así la gracia con la caridad regala y enternece el alma; por lo cual dijo el Salmista (*Ps.* 21), que se le había hecho su corazón como una cera derretida; y la Esposa dice que su alma se derritió y deshizo de ternura. El fuego sazona la comida, la gracia sazona todas las obras, y hace de ellas agradable plato para Dios.

(1) *De timore Dei.*
(2) *De Divin. Grat.*
(3) Serm. 56.
(4) Homil. 49 in Gen.
(5) 3 p., tit. 16, cap. 20.
(6) *In Annunt.*, serm. 3.
(7) Epist. 20.

Orígenes, San Macario, San Jerónimo y San Basilio (8) la llaman sal, porque juntamente con sazonar, preserva, corrobora y libra de corrupción; y así, dice el Apóstol (*Rom.*, 7): *¡Oh desdichado hombre! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo.* Por lo mismo dice en otra parte (*Hebr.*, 10): *Muy bueno es con la gracia establecer el corazón*, porque le conserva y fortalece y establece en lo bueno. San Buenaventura compara la gracia al arco iris, por su hermosura, variedad de colores, y ser señal de paz entre Dios y los hombres. San Crisóstomo (9) la llama madre de todos los bienes. San Agustín dice (10): «Bendición de dulzura es la gracia»; y así explica lo que dice el salmo (*Ps.* 10): *Bendecístele con bendiciones de dulcedumbre*, porque echa Dios sus bendiciones y derrama su suavidad y dulzura en los que están en gracia. El mismo Santo la llama lluvia; y Ruperto, rocío de la mañana, por lo que sazona y fertiliza al alma para santas obras. Por lo mismo dijo San Ambrosio que es la fuente de los huertos y pozo de agua viva.

San Macario (11) la llama antorcha ardiente y luciente. El mismo Santo dice (12) que es la hipóstasis de la verdad, porque no hay bien verdadero sino la gracia, o por la gracia o de la gracia; todos los demás son bienes aparentes y falsos. Dice también (13) que es como una divina levadura, que sazona todo el hombre con resabios de Dios y le endiosa. Compárala también (14) a una red universal, que coge para Dios sus escogidos. San Laurencio Justiniano (15) la llama luz,

(8) *Reg. Brevior.*, 266; serm. *De Exalt. S. Crucis.*
(9) Homil. 32 in Epist. ad Rom.
(10) Lib. 2 contra duas Epist. Pelag.
(11) Homil. 8.
(12) Homil. 7.
(13) Homil. 24.
(14) Homil. 16.
(15) Serm. *De Epiph.*

que destierra las tinieblas de los pecados y regocija al alma; porque sin gozar de la luz, no hay gozo perfecto, y así no lo tenía el Santo Tobías, por estar privado de la luz del día.

También San Vicente Ferrer (16) la llama sol. Y San Crisóstomo (17) dice que no está tan claro el mundo naciendo los rayos del sol como el alma con gracia. El sol es rey de la naturaleza, que causa todas las cosas mortales; así la gracia es reina entre los dones divinos, que causa bienes inmortales. San Bernardo (18) la compara a la leche y vino; la leche sustenta la vida a los niños, la gracia a los humildes; el vino da fuerzas y alegra el corazón, y a la gracia definió Santo Tomás ser deleitación del corazón. Es *óleo de alegría*, que dice el salmo; y el mismo Doctor Angélico dice ser significada la gracia en el óleo que curó las heridas del samaritano. Eutimio (19) entiende ser la gracia aquel vestido dorado que celebra David en la reina. Muchos santos la llaman *agua viva*, y en la Sagrada Escritura está significada muchas veces por nombre de agua. Cristo la prometió con metáfora de *fuente de agua viva, que salta hasta la vida eterna* (*Jn.*, 4); y por Ezequiel (36, 25) dijo Dios: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras manchas*. El agua es utilísima a la vida humana, sin la cual no se puede vivir; fertiliza los campos, limpia las cosas, y refrigera; esto mismo hace en el espíritu la gracia; sin ella no vive, y con ella es fecunda el alma de buenas obras, limpia los pecados y recrea la conciencia. San Ambrosio dice (20) que la gracia es aquel ojo hermosísimo del rostro de la Esposa que hiere de amores al corazón del divino Esposo. Otros

---

(16) *Sab. Cinerum.*
(17) Homil. 21 ad Popul.
(18) Serm. 2, *De Resur.*
(19) Tom. 16, serm. *Domin.* 11 *Pentec.*
(20) Serm. 11 in Psal. 118, 2.

la llaman, conforme a la Sagrada Escritura, *simiente de Dios, arras y prendas del Espíritu Santo, vestido de bodas, simiente de gloria, tesoro en vasos de barro,* por ser cosa admirable que una naturaleza tan quebradiza y tan de lodo como la humana, tenga cosa tan preciosa y tesoro tan grande como la gracia.

De todas estas maneras significan los Padres de la Iglesia el aprecio que hacían de cosa tan preciosa, y fuera largo recoger todas las semejanzas y símbolos con que nos procuran dar a entender sus excelencias y efectos admirables, exhortándonos a su estima y conservación. Sólo concluiré con los consejos que nos da San Efrén para estimar esta joya preciosísima, buscarla y conservarla. Sus palabras son éstas (21): «Esfuérzate para que tengas continuamente la gracia divina en tu alma, para que no seas engañado; guárdala como a tu guarda, para que injuriada de ti no te desampare; reverénciala como a tu maestra invisible, para que estando ella ausente, no andes en tinieblas. No quieras entrar en batalla sin ella, porque no perezcas torpemente. Sin su compañía no entrarás en la senda de la virtud, para que el dragón bramador no te ponga asechanzas. Sin su consejo no trates las cosas de tu alma; porque muchos hay que con apariencia de bien se han depravado. Si ella no te asistiere mientras navegas en este mundo, vanos serán todos tus afanes. Si no fueres ungido con ella para contra tus enemigos, después de muchos trabajos que hayas tomado, llorarás haber sido vencido ignominiosamente. Si no la tomares por acompañada, no conocerás los encantos de la serpiente. Obedécela con prontitud de ánimo, y te aclarará todas las cosas. Embebe en ti con cuidado todos sus preceptos, y presto estarás sin cuidado alguno. Háztela familiar y do-

---

(21) *De Divin. Grat.*, p. 16.

méstica, y conocerás ser muy hermoso su trato y no te burlará. Tómala por hermana, como amonesta la Escritura (*Prov.*, 7), y te mostrará el camino de tu Padre. Te hará hijo del Altísimo si te juntares a ella como hermana. Te dará los pechos como madre, y como a niño te guardará de los que te quieren hacer mal. Te gobernará como a niño que no sabe lo que le está bien, y te formará varón perfecto. Ten fe y satisfacción de su benignidad y amor. Ella es principio de toda criatura. Aún no has visto la fuerza de su amor para contigo, porque tampoco los niños que maman saben la solicitud que de ellos tienen las madres. Sé paciente y sujétate a su consejo, y así sentirás sus frutos y provechos. Los niños no saben cómo se crían; pero como van creciendo poco a poco y se hacen hombres, se maravillan de la virtud de la naturaleza: de la misma manera tú, si permanecieres en la gracia divina, llegarás a la perfección.»

Todo esto es de San Efrén, que prosigue en la misma materia, confirmando estos beneficios de la gracia con los ejemplos del santo patriarca José y otros santos. Luego añade: «Yo he conocido a muchos que deseaban ser hijos de la gracia; pero ¿qué les aprovechó el querer, si no le acompañaron con obras? Muchos también por la fe son llamados hijos de gracia; pero por su negligencia no la gozan. No todos cuando son hombres reverencian a sus madres; de la misma manera la gracia, aunque ha criado y sustentado a muchos, de pocos es honrada. Pocos llegan a reconocer los trabajos de la crianza y los dolores del parto; así también hay muchos entre nosotros que no están bien afectos para con los oficios de la gracia. Si deseas saber qué obra la gracia, bien nos los declara el patriarca José: tiene cuidado, como amorosa madre, de todos, buenos y malos, y así sustentó aun a los de Egipto; tiene pocos hijos herederos con los cuales se

goce, y los sufre, aunque se aparten del camino derecho del bien; mostrándose impíos, los desvía, pero no les cierra sus entrañas porque no perezcan. Pues si de esta manera se ha con los desagradecidos, ¿por qué la huímos? Si se muestra benigna con sus injuriadores, ¿cómo no entendemos de aquí que en los que la aman derrama todas las riquezas de su bondad? Por lo cual, si alguna vez se nos ocultare, no nos rindamos a nuestra negligencia; y si permite que seamos tentados, no por eso perdamos el ánimo. Bien sabe lo que nos está bien; conocida tiene la naturaleza y medida de cada uno, y le da lo que ha menester. Algunas veces parece que dilata el beneficio, pero es porque nos está bien; sufre nuestras quejas, como hacen los médicos cuando quitan a los enfermos el vino o la comida.» Hasta aquí es de este gran maestro de espíritu.

LIBRO QUINTO

MEDIOS DE ADQUIRIR Y CONSERVAR LA GRACIA

CAPITULO PRIMERO

DE LA PRIMERA DISPOSICIÓN PARA ALCANZAR LA GRACIA, QUE ES LA FE. TRÁTASE CÓMO NOS HEMOS DE APROVECHAR DE ELLA

§ 1

Hasta aquí hemos dicho las excelencias y bienes de la gracia; ahora trataremos de las disposiciones con que se podrá alcanzar bien tan grande, y conservarle en nuestra alma. Diremos primero de las jornadas con que viene el hombre a conseguir este don soberano; porque como es tan divino y sobre toda la naturaleza, no puede tener principio de la naturaleza, sino del mismo Dios; el cual, antes que nosotros hagamos cosa alguna, nos ha de despertar con sus auxilios y santas inspiraciones, llamándonos para nuestro bien. Pero de parte del hombre ha de haber después algunas disposiciones, con que se debe preparar con el divino favor para la gracia habitual, las cuales señala el Concilio Tridentino (1), y son

(1) Sess. 6, cap. 5; sess. 6, cap. 6.

la fe, el temor de Dios, la esperanza divina y la contrición, que contiene aborrecimiento del pecado y propósito de la enmienda, a los cuales acompaña *el amor de Dios*. Por cierto que no nos piden mucho para cosa tan grande como es la gracia y la consecución de la vida eterna. De cada una de estas disposiciones trataremos alguna cosa.

Y empezando por *la fe*, que es la primera, dice el Concilio que es necesaria esta virtud para creer que son verdaderas las cosas que Dios ha revelado, y que sus promesas son fieles, y que principalmente se ha de creer esta misma grandeza de la gracia, y que Dios justifica por ella a los pecadores, por la redención de Cristo Jesús. ¡Oh qué grande grandeza es ésta! Grandísimo bien es la gracia, que aún no se puede entender si no es con este don divino, y elevado nuestro entendimiento con virtud sobrenatural. Por eso es necesaria la fe, porque sobre todo conocimiento y sentido es la excelencia de la gracia y sus misterios. Porque así como un ciego no tiene facultad para juzgar de los colores, y los ojos de la lechuza no pueden mirar el resplandor del sol, de la misma manera no puede el ingenio humano, por más acicalado y agudo que sea, hacer concepto de la gracia y los demás misterios de ella.

Esto ha de regalar al alma, y causar gran gozo y estima de las cosas divinas y estado soberano a que la sublimó Cristo con su gracia; porque son cosas tan altas y maravillosas, que no puede por sí la criatura, aunque sea un ángel, tener comprensión de ellas, sino que para entenderlas es menester que se desnude de su modo de entender natural, y de toda la luz que la sabiduría natural, humana y angélica, alcanza, y que la infundan una soberana participación de la sabiduría divina, que es un don sobrenatural con que Dios levanta y ensalza a la criatura racional, colocándola en otra región y esfera superior de

luz, comunicándola el conocimiento y luz que el mismo Dios tiene de sí mismo y de las demás cosas; y ésta es la virtud de la fe, con la cual adquiere el alma una grande perfección y dignidad y resplandor, así como el aire, de suyo tenebroso, se perfecciona e ilustra con la luz misma del sol que se le comunica.

Esta fe es, como la llamó San Pedro (*Act.*, 15), *purificadora de los corazones*; porque de la manera que el sol con sus rayos, no sólo esclarece e ilustra el aire, sino que le purifica, así la luz de la fe purifica nuestros entendimientos de la rudeza y bajeza del conocimiento natural, pero también a los corazones de los deseos de tierra, dando principio a la pureza del alma con las verdades altísimas que enseña y la certeza con que las enseña, que es mayor que lo que se ve con evidencia. Porque así como la fe sublima al entendimiento para que conozca lo que no alcanza la razón natural, por ser ella una participación del conocimiento divino, así también le eleva a que lo entienda con modo más cierto que la evidencia natural, que es con la misma infalibilidad que tiene la sabiduría divina. De manera que es más cierto lo que la fe alumbra, que lo que se ve por los ojos a la luz del medio día. Porque aunque haya diferencia en el conocimiento de Dios y de la fe, que aquél es claro y éste tiene oscuridad, pero en la firmeza y certidumbre que Dios y el hombre tienen, no hay diferencia ninguna; porque toda su funda en ser Dios infalible verdad; y así, cuanto a la certidumbre, con los mismos ojos con que Dios ve las cosas, y con el mismo juicio con que las califica, y con el mismo peso con que las mide, con ese mismo las conoce, juzga y mide la verdad de la fe, que en ninguna manera se puede engañar.

Con esta luz del Espíritu Santo tiene el hombre dentro de sí una cosa más que humana, y comienza a entrar en otra tierra, otros aires,

otra región celestial diferente de la del mundo, donde no se guía por los nortes de los sentidos y razón humana; con que juzga de las cosas diversamente y con más fuerza para mover la voluntad. Porque no tiene que ver lo que nuestras razones y discursos alcanzan de verdad, con lo que la fe imprime en el alma. No tiene que ver la fuerza de la verdad nacida del discurso, con la fuerza de la verdad nacida del Espíritu Santo. No tiene que ver la razón muerta y la naturaleza ciega, con el rayo de la fe y la luz de Dios, que proporcionó esta luz y dió eficacia sobrenatural y virtud divina para mover nuestra voluntad a esperar en su infinita bondad, y amarla y servirla. Y así, viene a ser la canal principal por donde nos comunica sus auxilios y tesoros de su gracia.

Esta fe nos ha de ayudar para hacer debido aprecio de la gracia, de la sangre de nuestro Redentor Jesucristo, de la gravedad del pecado, de las penas que merece, del juicio final y de la gloria que se da a los justos; para convertirnos de corazón a Dios, temiendo su justicia, pues así aborrece al pecado y lo castiga con eternos tormentos, esperando de su misericordia, pues por usar de ella con nosotros no perdonó a su Hijo; y es tan liberal, que da por premio de nuestros servicios su misma bienaventuranza. Finalmente, para amar a su infinita bondad, pues es fuente de todo bien y justicia, en quien están con suma perfección todos sus atributos; de donde ha de nacer un grande odio de nuestros pecados, pues desagradaron a Señor tan bueno en todo, proponiendo la enmienda de la vida.

La causa porque no se mueven muchos con este don de fe, ni les hacen peso sus verdades, es porque no se saben aprovechar de ellas, considerándolas y actuándose en su certeza, porque tienen una fe ociosa o muerta, como el fuego que está en el pedernal muerto. mientras no le da golpes el eslabón para que salten centellas. In-

finitos cristianos hay que tienen fe; pero es como si no la tuviesen, no parándose a considerar sus verdades, hasta que les dé un golpe Dios con la enfermedad propia o con la muerte ajena de quien menos pensaban y habían más menester, o con pérdida de la hacienda, o con otra pena o castigo que ven de su hermano. Entonces echa la fe con la divina gracia luces de desengaño y centellas encendidas, para levantar fuego de caridad y desprecio del mundo, abrasando toda su pompa y vanidad; porque no hallando en cosa de la tierra subsistencia ni monta ni dura, se van a Dios. Pero no debemos nosotros aguardar tan recios golpes de la mano divina, sino con la consideración de las verdades eternas suplir lo que había de hacer el trabajo y el dolor y la calamidad. Y si diese golpes en nuestro corazón la consideración de los misterios sagrados y nuestras postrimerías, también despertará grandes luces en el alma.

La fe comparó Cristo *al granito de mostaza*; porque aunque tiene grande eficacia, no la muestra cuando está entero, sino cuando le muelen y deshacen; masticado con los dientes, es notable la acrimonia que muestra, el calor que enciende, la mordacidad con que pica, hasta hacer saltar las lágrimas: así es la fe, que si sus verdades no se advierten, y con los dientes de la consideración no se mastican y desmenuzan, no se enciende en el alma el amor de lo eterno, no la punzan al corazón sus pecados gravísimos ni derrama lágrimas por ellos; pero si llega a penetrar bien alguna verdad de éstas, se deshace en sentimiento y dolor de su mala vida, y la pica tanto y muerde su conciencia, que la hace saltar lágrimas de los ojos.

Aunque en una oficina haya excelentes remedios, no aprovecharán hasta que se preparen y apliquen al doliente y él los digiera con el calor natural: así son las verdades eternas; son todas

unos eficacísimos medicamentos para la salud del alma, pero es menester aplicarlas, advertir a ellas y ponderarlas y digerirlas.

No hay cosa tan útil y provechosa, que sea de provecho. si no se usa y dispone para que aproveche. La luz debajo del celemín no alumbrará; las riquezas dentro del arca no remedian el hambre; y la espada, por aguda que sea, estando metida y sosegada en la vaina, no corta.

Con razón dijo San Pablo que la palabra de Dios que enseña la fe, era como una espada, llamándola *viva y eficaz*; porque si se usa bien de ella, será poderosa para penetrar nuestro corazón más que una espada de dos filos. Y con razón la dió nombre, no sólo de *eficaz*, sino *de viva*; porque la eficacia nace de la viveza con que nos hemos de actuar en los misterios y desengaños que enseña; con lo cual se persuade nuestra voluntad más que con cuantas razones hay en la filosofía humana. Y así experimentamos que aun para obras buenas naturales, no pudo tanto en los filósofos toda su sabiduría y fuerza de razones naturales, como ahora puede una verdad de fe en quien la considera. La fe es más poderosa que la razón y evidencia; la fe todo lo recaba; la fe da fuerzas para todo. Y por eso San Pablo, todas las hazañas de los Santos las atribuye a la fe, y así dice (*Hebr.*, 11): *Los Santos por la fe vencieron los reinos, hicieron obras de justicia, vieron cumplidas las promesas que Dios les hizo, quebraron la boca a los leones, pasaron sin lesión las llamas de fuego: con la fe embotaron las espadas y armas de los contrarios, sanaron de sus enfermedades, y alcanzaron fortaleza y valor en las guerras.* Con la viveza de la fe no hubo tormento que no aceptasen por el reino de Dios, ni obra buena que no procurasen. Todas las conversiones de los santos empezaron por la viveza de la fe; la cual, como espada tajante, les dividió del mundo y de sus padres y de sí mismos.

Muchos fueron sapientísimos, mas no se movieron con todas las razones de la filosofía hasta que un rayo de fe les hirió el corazón.

§ 2

Pues de esta fe nos hemos de aprovechar nosotros. actuándonos en ella y considerando la alteza de sus verdades y la certidumbre de ellas.

Mira que ha de haber juicio de Dios para ti, y que infaliblemente te has de ver en él. Esto es más cierto que el sol nace cada día; esto es más cierto que la misma razón.

Mira que has de parar, o en infierno eterno o en gloria eterna; y esto es cierto y certísimo, y más que cierto: esto ha de ser, y antes se caerán a pedazos esos cielos que deje de ser.

Mira que es cosa tan horrenda tu pecado, que el Hijo de Dios derramó su sangre por redimirte de él; esto es, sin duda, y no menor verdad, que es haber pasado el día de ayer.

Si uno aprehende esto vivamente, no puede dejar de revolverle las entrañas y el corazón, detestando cosa tan maldita y procurando salir de tan lamentable estado. Y debe procurar concebirlo vivamente más que si lo viera con los ojos.

Estando en los infiernos el rico avariento, pidió enviasen del otro mundo a avisar a sus hermanos de lo que habían de hacer, porque les movería la terribilidad de los tormentos que padecía, con el asombro que les causaría la vista de un muerto. Mas fuéle respondido que ya tenían lo que les dijeron Moisés y los Profetas; porque si con las verdades de fe que les enseñaron no se movían, no se moverían más por uno que volviese del infierno. ¿Quién hay que, si viese resucitar un amigo suyo, ardiendo en vivas llamas, dando gemidos y bramando de dolor, y le dijese lo que pasaba en la otra vida, que no tomase de aquí gran motivo para mudar sus costumbres y mala conversación? Pues más que esto puede la fe, y con más certidumbre hemos de creer lo que dice del infierno, que si un testigo de vista nos lo contara, y más que si nosotros lo viéramos, y más que si lo experimentáramos en nuestras mismas personas; porque mayor es la certidumbre de

la fe que la evidencia y que la misma experiencia. Y en nuestra consideración, para movernos a obrar bien, no ha de hacer menos peso lo que dice la fe que lo que ven los ojos.

Por eso definió el Apóstol a la fe (*Hebr.*, 11, 1) que era *substancia de las cosas que se han de esperar, y argumento de las que no se ven*; porque por la fe hemos de mirar a lo que esperamos y está por venir, y creerlo tan vivamente como si estuviera presente. Y no ha de ser menos argumento para convencernos a servir a Dios lo que por la fe creemos, que lo que por los ojos vemos. De esta manera hemos de considerar las verdades eternas como si las viéramos Y así, dice San Cirilo Hierosolimitano (2): «El que merece ser alumbrado de la fe, aun antes que se acabe el mundo, ya ve el día del juicio y el galardón de las promesas divinas.» Porque así cree el juicio final como si le viera; y así cree el premio de la gloria como si estuviera en el cielo.

De esta viveza de fe se aprovechaba San Jerónimo, y le hizo tan gran santo; porque dice que así se estremecía de pensar en el día del juicio, como si le entrara por los oídos aquel espantoso sonido de la trompeta del ángel, que convocará a los muertos resonando por todo el mundo: *¡Levantaos, muertos, y venid a juicio!*

Otros muchos siervos de Dios, por la persuasión vehemente que tenían que las palabras de la Escritura eran palabras de Dios, en oyéndolas obraron tan efectivamente como si vieran a la misma persona del Hijo de Dios pronunciarlas.

San Atanasio escribe de San Antonio Abad que, como entrase una vez en la iglesia y oyese aquellas palabras (*Mt.*, 19, 21): *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres,* las puso luego en ejecución, como si el mismo Cristo a boca se las hubiera dicho a él solo.

San Enremundo, ermitaño (3), sirviendo con gran autoridad en la corte y palacio del rey Chilperico, luego que oyó decir en el Evangelio aquel dicho de Cristo (*Mt.*, 10, 37): *El que ama a su padre y madre más que a Mí, no es digno de Mí*; y también (*Mt.*, 16, 24): *El que quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí*

(2) Cath., 5.
(3) *Brev. Eccles. Bellovac., et in Vit. Patrum Occid.*

mismo y tome su cruz y sígame, dejó palacio, corte, hacienda, casa y mujer—que vino en ello—, y abrazándose con la cruz de Cristo, vivió y murió santísimamente, retirado del mundo y de todas sus cosas.

Con la misma viveza, oyendo San Francisco aquellas palabras (*Mt.*, 10, 10): *No queráis poseer ni oro, ni plata, ni llevéis bolsa ni báculo para vuestro camino, ni tengáis vestidos doblados, ni zapatos*, al punto lo ejecutó, como cuenta San Buenaventura. Y San Jerónimo escribe casi lo mismo de San Hilarión.

El Santo Fray Gil, compañero de San Francisco, como se escribe en la Crónica de su sagrada religión, se actuaba tanto en la fe, que oyendo una vez decir: *Creo*, dijo a grandes voces: No digáis creo, sino veo.

San Luis, rey de Francia, tenía tan viva fe de que Cristo estaba en el Santísimo Sacramento, que sucediendo en una hostia consagrada un gran milagro, con que se manifestaba la presencia real de nuestro Redentor en el Santísimo Sacramento, yendo todo el mundo a verlo, él no quiso, diciendo que no había menester verlo para entender que estaba allí Cristo.

Por lo mismo solía decir Santa Teresa de Jesús que no tenía envidia a los que con ojos corporales habían visto en esta vida a Jesucristo, porque con los ojos de la fe le veía presente en el Santísimo Sacramento, y no echaba menos para su consuelo el no haberle visto con los ojos de carne.

Nuestro Padre San Ignacio hacía sus obras con tan viva fe, que muchas veces, cuando estaba delante del Santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente y erizaban los cabellos de la fuerza con que se persuadía la presencia de Cristo en aquellas especies de pan.

Esto que practicaban los Santos con tanto provecho suyo, hemos de imitar nosotros, y aprovecharnos de esta altísima y utilísima virtud y don divino. Porque son tan fuertes y eficaces las verdades que nos enseña la fe, que si uno se las persuade íntimamente, bastarán para trocarle el corazón y ablandarse, aunque sea de bronce. Porque ¿a qué corazón no conquistará sangre de Dios derramada por el hombre, un infierno eterno que sorberá al pecador, una bienaventuranza sin fin que espera el justo, un juicio de Dios airado? Consideremos estas cosas y actuémonos en ellas; persuadámonoslas, y si las creemos, obremos como quien las tiene por verdad. No dijo mal uno, que no había de haber otra cárcel sino la Inquisición o la casa de los

locos; porque o el que peca cree lo que la fe enseña, o no; si no lo cree, como hereje debe ser llevado a la cárcel de la Inquisición; si lo cree y con todo eso peca, o se está en pecado, ¿qué mayor locura puede ser?

Y así pido a los que desean su salvación consideren cada una de por sí las principales excelencias de la gracia, y actúense en ellas; aviven el conocimiento y ponderen qué es sublimarse un alma sobre la naturaleza de los más altos serafines; qué es estar en un orden divino; qué es vivir una vida de Dios; qué es tener derecho a gloria eterna y al mismo reino de Dios; que es tener dentro de sí al mismo Espíritu Santo; qué es ser morada de toda la Santísima Trinidad; qué es ser hijo querido de Dios, ser amigo verdadero de Cristo; qué es ser uno con el Señor del mundo; que es tener tantos bienes sobrenaturales; qué es estar sin pecado. Todas estas cosas, bien miradas a los rayos de la fe, ilustran al alma, y la encenderán para estimar la gracia, buscarla, conservarla, defenderla y morir mil géneros de muertes antes de estar un punto sin ella.

CAPITULO 2

DE LA SEGUNDA DISPOSICIÓN PARA ALCANZAR LA GRACIA, QUE ES EL TEMOR DE DIOS

§ 1

Justicia de Dios.

Después de la fe, que está en el entendimiento, donde primero se comienza a mover la voluntad para buscar a Dios, es su santo temor. Por lo cual dice la Escritura (*Eccli.*, 1, 16) que *el principio de la sabiduría es el temor del Señor*; porque es el primero de los afectos de la voluntad, cuando quiere la criatura convertirse a su Criador; porque este santo temor la hace que comience a aborrecer el pecado, por el cual corre peligro de caer en manos de Dios vivo y airado.

Engéndrase el temor de Dios, de conocer cuán perfecto y justo sea en sí, y cuán terrible en sus efectos, así temporales como eternos; con lo cual teme el pecador la justicia de Dios, tiembla de su ira, y estremécese de su furor. Llamo *justicia de Dios*, la voluntad igual que Dios tiene para castigar los pecadores; *ira* se dice, el mismo castigo, cuando es en penas temporales; y *furor* es por las penas eternas. Por uno y por otro pidió David al Señor (*Ps.*, 6, 2): *No me condenéis en vuestro furor, y no me castiguéis en vuestra ira.* De la *ira*, que es menos, confiesa el mismo Dios que es grande; y así dice el profeta Zacarías (1, 14): *Esto dice el Señor de los ejércitos: Celado he a Jerusalén y a Sión, con celo grande; con grande ira yo me enojo.* Dijo esto Dios por los castigos temporales que hizo, y queriendo después usar de misericordia: ¿qué será su *furor*, que aguarda a los pecadores con eternos fuegos, donde serán con toda furia atormentados con desesperación de toda misericordia?

Verdad es que no hay en Dios *pasión* de ira, ni furor; pero hay sus efectos, y una justicia inflexible y rigurosísima, y tan terrible, que aun las potestades del cielo, con estar seguras, se dice que *se estremecen* de Dios: pues nosotros pecadores, que estamos a peligro de eterno infierno, ¿cómo no temblaremos de su justicia, su ira y su furor?

Concurren en la Justicia divina todas las partes porque puede ser temida. Por lo cual dijo el Papa Inocencio III (1): «¡Oh Señor! Tremenda cosa es a todo viviente tratar con Vos causa criminal; porque como seáis poderosísimo, nadie puede escapar de vuestras manos; y como seáis sapientísimo, nada se puede esconder a vuestros ojos; y como seáis justísimo, no hay quien pueda corromper vuestro ánimo. Delante de quien

(1) In Psal. 142.

es acusadora la conciencia, rea el alma, abogada la razón, testigo la memoria, y Vos sois juez.»

Tres partes son terribles en un juez, y para temerse mucho, que le hacen severísimo. La primera, si fuese tal que supiese todos los delitos, y los tuviese legítima y plenamente probados y convencidos. La segunda, si fuese tal, que quisiese cartigarlo todo, sin disimular cosa alguna. La tercera, si tuviese tanto poder, que nadie le pudiese ir a la mano.

Dios es este juez, que *lo sabe todo*, no se le esconde nada, todos nuestros pecados tiene plenamente probados con su sabiduría infinita, y tiene por testigos nuestra propia conciencia, y los ángeles, y los demonios, y otras criaturas, que darán voces y testificarán contra nosotros: todo está averiguado, nada se esconderá; aun lo que no nos pareció pecado, estará probado por pecado. «Muchas cosas alabadas de los hombres—dice San Agustín (2)—serán condenadas, siendo Dios testigo de ellas.» Ve más Dios que nuestra propia conciencia; y lo que a ella le es oculto, manifestará ser pecado; ve lo más profundo del alma. Por lo cual dijo el Sabio (*Eccli.*, 23): *Los ojos del Señor son más lucientes que el sol, mirando por todos lados todos los caminos de los hombres, penetrando lo profundo del abismo y los corazones de los hombres.* Con ser tan perspicaces los ojos divinos, dice por el profeta Sofonías (1, 12), que encenderá *candelas para escudriñar a Jerusalén,* esto es, a las almas santas; porque aun en las obras buenas sabe hallar qué condenar. Cosa que hizo estremecer a San Bernardo, y exclamar así (3): «¿Qué puede haber seguro en Babilonia, si en Jerusalén se hace tal escrutinio? Para temer es cuando se viniere a esto, que con tan menuda inquisición nos parezcan ser culpas

(2) *Confes.*, lib. 3, cap. 9.
(3) Serm. 55 in Cantic.

muchas de nuestras justicias.» Esto mismo hizo temblar al santo David (*Ps.* 18, 14), y con lágrimas en los ojos pidió a Dios le purgase de *los pecados ocultos* y le perdonase *los ajenos.* A todo se extiende la vista divina.

§ 2

Terribles efectos de la justicia de Dios.

Fuera de esto, es Dios tan justo que no disimulará con nada; *todo lo quiere castigar*: ésta es su firme voluntad, de no pasar sin hacer justicia, pecado grande ni chico. Es terrible en esta parte la justicia divina. No nos engañemos, porque no es menos su justicia que su misericordia. Y si miramos los efectos, muchos pecados ha dejado de perdonar, pero no dejará de castigar alguno que no se satisficiere. Y si bien lo consideramos, parecerá que más ha satisfecho Dios a su justicia, y que no la debe nada; pero que con su misericordia no se ha satisfecho tan cumplidamente. Porque infinitos son los pecados que pudiera perdonar y no lo ha hecho; mas no hay pecado de que no haya tomado cumplida satisfacción. Porque aun los que ha perdonado a los hombres, ha sido porque ha quedado contenta y muy satisfecha con todo rigor su justicia. Pues si deja de castigar algunos pecados nuestros, es porque Cristo satisfizo por ellos, y contentó a la justicia con su sangre, pasión y muerte. Cosa para temblar es, que habiendo Jesucristo satisfecho y cumplida y sobradísimamente por todos los pecados del mundo y de millones de mundos, con todo esto deja Dios y ha dejado de perdonar innumerables. Si alguno de estos dos atributos divinos, de justicia y misericordia, hubiese de quedar quejoso, no lo puede quedar la justicia, antes pudiera parecer que lo pudiera quedar la miseri-

cordia por esta parte. Por cierto que es para estremecerse las carnes, que después de haber muerto el Hijo de Dios por el linaje humano, con todo eso se condenen tantos hombres y permita tanta multitud de pecados.

No ha premiado los méritos de su Hijo cuanto ellos merecen, porque aquellos méritos merecen infinito, y no les puede premiar con precio criado; pero lo que espanta es, que pudiéndoles premiar más de lo que les ha premiado, con todo eso no lo ha hecho, sino que se condenan muchísimos. Con razón dijo el Profeta (*Ps.* 35, 7) que *los juicios de Dios eran un grande abismo*, en que no halla pie la razón humana. Pasmo es, que con satisfacción infinita, aún castigue tanto Dios; y que los que se salvan, respecto de los que se condenan, sean tan raros, porque *son muchos los llamados y pocos los escogidos*; y los no llamados sean muy muchos, pues son innumerables los que mueren sin bautismo; y en todos cuantos niños se han muerto sin la circuncisión antiguamente, y ahora sin bautismo, no les perdona el pecado original, y quedan excluídos de su misericordia eternamente.

De innumerables ángeles que pecaron, que fueron millones de ellos, con ser tan nobles criaturas, no perdonó chico ni grande, y al punto que pecaron, sin esperar más, los precipitó del cielo, y vino el furor de Dios sobre ellos con eternos tormentos, desahuciados de toda misericordia.

Después, un pecado que hizo el primer hombre, con que dañó a tantos hombres que no tuvieron pecado propio actual, no hubo remedio de perdonarle graciosamente; y ya que vino a perdonarle, fué con satisfacción entera y abundantísima de su justicia, a la cual acallaron los clamores de la sangre de Cristo y contentó el valor infinito de sus merecimientos. De suerte, que si hizo gracia de uno, recibió en pago mil y millones, digámoslo así. Tuvo muy bien por qué sose-

garse la Justicia divina. Con todo eso, el pecado que perdonó en Adán cuanto a la culpa, no lo perdonó cuanto a toda la pena, porque Adán padeció mucho e hizo grande penitencia por más de novecientos años; y ahora está castigándose su pecado con tantas miserias cuantas padece la naturaleza humana; las enfermedades, los dolores, las guerras, las hambres, las muertes de todos los hombres, todas son castigo de aquel pecado, y lo que más es, los muchos pecados que permite Dios en los hombres en pena de aquel pecado. Este es severísimo castigo de Dios, permitir pecados en castigo de otros. Este castigo nos había de ser más horrible que eternos infiernos.

¿A quién no espanta que siendo tan copiosa y sobreabundante la redención de Cristo, haya aún tantos castigos, tantos pecados, tantos pecadores y tantos condenados? ¡Oh, qué terrible voz la del Hijo de Dios! (*Mt.*, 20, 16): *Muchos son los llamados y pocos los escogidos.* ¡Oh, qué verdad tan para temer! (*Mt.*, 7, 14): *Angosta y estrecha es la senda que lleva a la vida, y pocos la hallan.*

Pues si hallarla es de pocos, el ir por ella y acabar de andarla de poquísimos será. ¡Oh, qué trueno tan tremendo lo que dice San Pedro! (1 *Petr.*, 4): *Si el justo apenas se salvará, el impío y pecador ¿a dónde irán?*

Terrible cosa es lo que dice San Crisóstomo en un sermón que hizo en la ciudad de Antioquía, que era de las mayores del mundo (4). «¿Cuántos pensáis que se salvarán de los que están en ésta nuestra ciudad? Cosa triste es lo que os tengo de decir, pero con todo eso la diré: Entre tantos millares de almas no se podrán hallar ciento que se salven y de éstos dudo.» Espantosa sentencia, por cierto, para los que saben cuán populosa ciudad era aquélla.

---

(4) Chrysost., homil. 4 ad Popul.

Pero no es cosa menos terrible lo que dijo San Vicente Ferrer (5): «Antes que Cristo viniese al mundo en carne humana se pasaron más de cinco mil años, y todo el mundo se condenaba, sino es unos pocos del pueblo de Israel, que iban al limbo de los Santos Padres» (6). También en el tiempo de la ley de Moisés pensad cuántos niños murieron sin la circuncisión, como también ahora en la ley de Cristo, cuántos mueren sin bautismo, y de éstos ninguno se salva. También cuántos judíos, cuántos moros, cuántos paganos e infieles. También cuántos malos cristianos, porque la fe y el bautismo no salvan al hombre, sino es con la buena vida y no de otra manera. ¿Cuántos cristianos hay que, aunque tengan fe, con todo eso son soberbios, avarientos, lujuriosos? Y lo mismo es de otros vicios. ¿Cuántos cristianos no se confiesan cada año en la Cuaresma, ni comulgan, ni guardan los mandamientos, ni el domingo y fiestas de los Santos? Todos estos tales no se salvan.» Añade el Santo un caso raro de un arcediano de León de Francia, que por cuarenta años estuvo en el desierto haciendo grandísima penitencia, habiendo antes resignado todos sus beneficios y dignidades: después de muerto se apareció al Obispo de aquella ciudad, el cual le preguntó le dijese alguna cosa del otro mundo. Díjole el arcediano, que el mismo día que murió murieron también en todo el mundo treinta mil hombres, de todos los cuales cinco solamente se salvaron, que fueron él y San Bernardo, que murió el mismo día, y se fueron derechos al cielo, y otros tres que entraron en el purgatorio; los demás se fueron a los infiernos.» Todo esto es de San Vicente.

Otra cosa más espantosa refieren graves auto-

---

(5) *Domin. Septuag.*, serm. 6, post initium.
(6) Esta opinión del Santo no es admitida por todos.

res (7): Que estando una vez Bertoldo, de la Orden de San Francisco y gran predicador de Alemania, reprendiendo con gran vehemencia un vicio, causó tanto asombro a una mujer que estaba en él, que se cayó como muerta y demayada de puro dolor. Vuelta en sí por las oraciones del pueblo, dijo que había visto ser presentadas ante el tribunal de Dios sesenta mil almas que aquel día habían muerto, y que tres solas fueron al purgatorio; las demás se condenaron.

Y así, no será maravilla lo que otros autores escriben, que un santo ermitaño tuvo una visión en que vió caer las almas en el infierno como copos de nieve muy densos, o como gotas de agua. No parecerá lo dicho mucho encarecimiento, si miramos las figuras que hay en la Sagrada Escritura de los predestinados y condenados.

Todos los Padres y Doctores convienen, que la salida de los hijos de Israel para Egipto fué señal de los muchos que se condenan y pocos que se salvan. Cosa de espanto es, que de seiscientos mil hombres que sacó Dios de Egipto, sólo dos entraron en la tierra de promisión. ¡Terrible caso, que de seiscientos mil *llamados*, sólo dos fueron *escogidos!*

Aún más espantosa cosa es que, de todo el mundo, donde había millones de hombres, sólo ocho se escapasen del diluvio en el Arca, lo cual fué, conforme a San Pedro en su Primera Canónica (3, 21), figura de los muchos que se condenan. ¿Quién no temerá no caiga este rayo de la divina justicia sobre sí? ¿Cómo no temblamos de Dios y de sus altos juicios?

El condenarse tantos es terrible caso; ¡pero que esto sea después de haber muerto Cristo por los hombres, pasma aquí el entendimiento humano! Asombro es de la grandeza y rigor de la justicia divina, y abismo de sus altísimos juicios.

---

(7) Antonin., *Hist.*, 3 p., tit. 24.

Mire el pecador si tiene Dios voluntad de castigar, pues aun teniendo la justicia seguro partido con la pasión de Cristo, condena a tantos que pecan. Ni basta la sangre y muerte de Cristo para que, mientras uno es pecador, deje de tener Dios voluntad de castigarle.

Añádese a esto, que Dios no sólo tiene esta voluntad y ojeriza con los pecados grandes, sino también contra los más mínimos. Culpas veniales castigó en sus profetas con pena de muerte. A uno (3 *Reg.*, 13. 24) por una culpa ligera hizo que le matase un león. Otras cosas que parecían de poca monta, en sus ojos fueron gravísimas. Dos hijos de Aarón, porque dejaron de guardar una ceremonia en su sacrificio, fueron de repente abrasados con el fuego del santuario. (*Lev.*, 10. 2).

Y no sólo pecados propios quiere castigar Dios, sino que los ajenos castiga. Por un pecado de Acam castigó a todo Israel. Por el pecado de David en contar el pueblo, castigó a todo el reino con muerte súbita de setenta mil hombres, que en menos de un día murieron. Los pecados de los padres suele castigar en los hijos. Y lo que excede a toda admiración, los pecados del mundo castigó en su propio Hijo tan severamente. Acá entre los hombres se cuenta por ejemplo de extraña severidad cuando un juez no perdona a su hijo, si comete un delito; pero que al hijo propio se castigue por delito ajeno, ¿cuándo se oyó tal justicia? Y es que excede el rigor de la justicia divina a toda la rectitud de la humana. ¿Cómo no teme el esclavo castigo de sus pecados propios, pues al hijo castigan por los ajenos?

§ 3

Poder de Dios para ejercitar su justicia.

Demás de esto, Dios es omnipotente, puede ejecutar su justicia, no hay quien la resista. De lo cual espantado David, exclamaba (*Ps.* 89, 11): *¿Quién, Señor, conoció el poder de tu ira, y de puro temor sabrá contar tu enojo?* No menos maravillado el santo Job de esta potencia de la justicia divina, dice (9, 4): *Fuerte es en la fortaleza, ¿quién la pudo resistir y tuvo paz? Él es el que traspasa los montes, y no lo supieran aquellos mismos que hundió en su furor. Él es quien saca la tierra de sus quicios y sus columnas se estremecen.* Luego añade: *Dios es, a cuya ira nadie puede resistir, debajo del cual se postran los que sustentan el mundo.*

Todos los elementos se arman contra el pecador, y se violentan para volverse contra él y vengar a Dios. Para esto las aguas le obedecen, y con ellas se anegó todo el mundo cuando estaba lleno de gigantes robustísimos: no les valieron sus fuerzas; ahogados murieron todos; todo el mundo pereció a manos de su ira, siendo verdugo de ella elemento tan flojo y blando.

El fuego también es ministro suyo, y en un día se sorbió cuatro poderosas ciudades, que con casas e innumerables vecinos resolvió en pavesa (*Gen.*, 19, 24).

La tierra le sirve también contra los malos, y se partió por medio (*Núm.* 16), tragándose de una vez los tabernáculos de los primeros cismáticos, con ellos mismos y con toda su hacienda.

El aire también ayuda a su Señor para castigar los rebeldes, como se testifica en el libro de Job (4, 8): *Vi aquellos que obran maldad y siembran dolores perecer con el soplo de Dios, y que con el espíritu de su boca fueron consumidos.*

¿Qué salud, qué fuerzas hay que le resistan, que sólo con un poco de humor desconcertado tiende al más robusto en una cama y le hace dar gemidos de dolor y pena?

Todo esto es herir con lanza; pero cuando desenvaina la espada en la otra vida, ¿qué furor es el de su justicia, sin haber quien se le salga del infierno? Millones de millones de ángeles y hombres que hay en él, no le pueden romper aquella cárcel oscura; eternamente les atormentará, porque como es Omnipotente, no se cansa en la ejecución de tormentos tan inmensos; y como es eterno, no se morirá, y eternamente les atormentará con eterna muerte. No por ser espíritu es alguno exento de castigo, porque la Omnipotencia puede hacer se atormente lo espiritual con lo material. Allí rompe las leyes de la naturaleza, y hace de las suyas su poder infinito. Al fuego junta con el hielo, al hambre con el hastío, la podredumbre con la entereza, la muerte con la eternidad. ¿Quién no teme esta ira? ¿Quién no se estremece de este furor justísimo y santísimo, pues es de la Suma Santidad? ¿Cómo es posible que siendo tanta la justicia de Dios la desprecien tantos? Por cierto que si sólo uno entre todos los hombres nacidos y por nacer se hubiese de condenar, era cosa bastante para hacer estremecerse todos los demás; porque es tan horrenda cosa la condenación eterna, que sólo su nombre había de hacer erizar el cabello a cada uno, no fuese aquel miserable. ¿Pues cómo siendo tantos los que se condenan, reímos y comemos, y reposamos sin cuidado? Horror es el infierno, y horrenda cosa no temerle.

CAPITULO 3

DE LA TERCERA DISPOSICIÓN PARA ALCANZAR LA GRACIA, QUE ES LA ESPERANZA DIVINA.—QUE NO NIEGA DIOS SU GRACIA AL QUE HACE DE SU PARTE LO QUE PUEDE

§ 1

Grandeza de la divina misericordia.

Es tan grande la justicia divina y el horror que puede causar la ira de Dios contra los pecadores, que bastaría para que muriese uno de temor y de tristeza, si no mirara por otro lado la grandeza de su misericordia; porque con esto, templándose el temor con la esperanza, se puede sufrir el alma y se alienta con las alas que le da la infinita bondad de Dios para guarecerse en ella de su misma justicia. Por eso dice San Gregorio (1): «En el pecho del pecador se debe juntar continuamente la esperanza y el temor; porque en balde espera uno la misericordia si no teme también la justicia; y en vano tendrá miedo de la justicia, si no confía también de la misericordia.» Porque poco aprovechará que el temor le ponga a uno espanto de sus pecados, si no quiere salir de ellos, para lo cual le abre la puerta la esperanza. No desmaye nadie, por más pecados que tenga y por más que sea horrible la justicia de Dios, porque mansísima es su bondad; y por más que haya hecho la justicia para castigar los pecados, no puede hacer más de lo que ha hecho la misericordia para perdonarlos.

Todo el furor divino, como habla David, que se ejecuta contra los pecadores, así ángeles como hombres, no sólo en esta vida sino en los infiernos, desde el principio del mundo hasta que se

(1) *Moral.*, lib. 23, cap. 11.

acabe, y aun por toda la eternidad, no tiene que ver con sólo una obra de misericordia que se obró en un instante. Muy atrás queda la justicia: es grande el exceso que hace la misericordia en sus obras. Al fin, por castigar no hizo Dios infinito; pero por perdonar hizo infinito, y muchas veces infinito. Hizo la obra de la Encarnación, haciéndose el mismo Dios Hombre; y hecho Hombre, hizo innumerables obras, cada una de infinito valor y merecimientos. El castigar nunca lo pretendió Dios; el perdonar y hacer bien, lo deseó y lo procuró con ansias. Por castigar no dió un paso que le costase sudor; por perdonar se cansó y sudó hasta derramar sangre, padeció tormentos, afrentas y hasta la misma cruz Castigar no le sale a Dios de pelo, digámoslo así, sino como forzado de nuestros pecados; el hacer bien le es natural, y el perdonar sumamente gustoso. De manera, que si hay razón para temer la horrible ira de Dios, la hay mayor para esperar en su misma piedad.

Finalmente, para castigar no ha hecho la omnipotencia de Dios todo lo que puede; porque muchas obras mayores de justicia pudiera hacer; pero para perdonar ha echado el resto de su omnipotencia. Porque no es posible obra de más omnipotencia que hacerse Dios Hombre para perdonar a los hombres. No es posible obra de mayor misericordia que querer Dios padecer miserias por ser misericordioso. Esta obra sola de misericordia es más que cuantas obras hay y habrá, y son posibles e imaginables de rigor y justicia. Verdad es que Dios tiene voluntad de castigar a los pecadores; pero de perdonar tiene gana, y gusto y contento, y tan grande, que a costa de tormentos suyos nos libra a nosotros de ellos.

¿Quién no ve aquí las ventajas que hace la misericordia en sus obras a la justicia? Porque no sólo en la obra de la Encarnación, pero en

cualquiera a quien perdona Dios sus pecados, hace más que en cuantos hombres y ángeles castiga. Por castigar no obra Dios calidades divinas, como lo hace para perdonar. Más costosa y excelente obra es lo que pone Dios en uno a quien perdona, que le cuestan todos sus castigos. En quien perdona pone su gracia, que es una participación de su naturaleza y santidad divina; pone la caridad, que es también una altísima participación del Espíritu Santo; pone las virtudes infusas, que son todas hábitos sobrenaturales y divinos; pone los dones del Espíritu Santo. Todo grandes riquezas y tesoros. Todas son cosas sobrenaturales. Buena gana tiene de perdonar quien da tanto a quien perdona.

§ 2

Número mayor de los bienaventurados.

Ni hay que maravillarnos de la multitud de los que se condenan, porque muchos más hemos de estar en el cielo que estarán en el infierno. Más hemos de ser incomparablemente los ciudadanos de la ciudad de Dios, que los presos en la cárcel de eternas tinieblas. Muchísimos hombres se pierden; pero innumerables fueron los ángeles que se ganaron. Y los ciudadanos de la celestial Jerusalén no son sólo hombres, sino ángeles también. Excede tanto el número de los ángeles al de los hombres, que de nueve coros que tienen, de sólo el inferior coro de ángeles, que son los más pocos, sobran tantos ángeles de guarda para cuantos hombres hay, y ha habido y habrá, así predestinados como réprobos. Y si en el coro menor hay tanta multitud, en los otros ocho, ¿qué infinidad habrá? Junta la multitud de hombres y de ángeles, innumerables más son los ganados que los perdidos. Más son y mucho más los

predestinados que los réprobos, y los atributos divinos no se estrechan sólo al género humano.

Pero aun mirados de los hombres los muchos que se condenan, no hay que espantarse, porque no sabemos lo que será; podrá venir tiempo en que se salven más que ahora. ¿Qué sabemos lo que sucederá cuando todo el mundo sea *una manada y uno solo el Pastor de todos?* Y ahora, de los cristianos no es poca parte los que se salvan, porque es grande la eficacia de los Sacramentos de Cristo. Y si San Crisóstomo dijo que en una tan populosa ciudad como Antioquía apenas se salvarían ciento, sería porque no era sólo de cristianos sino porque también había en ella muchos gentiles idólatras. Y si ha habido días en que se hayan condenado millares, días también ha habido en que son millares los que se salvaron. Más entrarían en el cielo que en el infierno cuando fueron coronadas las once mil vírgenes, y murió San Mauricio con todos los suyos.

Y dado caso que de toda la masa de hombres y ángeles fuesen más los condenados, lo cual en ninguna manera es así, mayor maravilla es que se salve uno que lo es que se condenen todos; mayor es la obra de la misericordia divina en salvar sólo a San Pablo, que fué la de la justicia en condenar a todos los demonios. El pecar es de la criatura, y después del pecado padecer el castigo, la es debido, y connatural cosa que responda la pena a la culpa; pero ser restituído a la gracia, es sobre todas fuerzas humanas.

Pues si hace más Dios para perdonar que para castigar, e infinitamente son mayores las obras de su misericordia y bondad que las de su rigor y justicia, y fuera de ser mayores son más, bien nos puede dar alas su amorosísima bondad para que confíe el pecador en ella que le ha de ayudar a salir de su pecado.

Pues ¿qué diré de las invenciones maravillosas de Dios que ha ordenado para perdonar, institu-

yendo para eso tan admirables Sacramentos, y singularmente el Santísimo Sacramento y sacrificio de su Cuerpo y Sangre? Esta sola obra es tan maravillosa, que excede a todos los modos maravillosos con que serán atormentadas las almas por toda la eternidad.

Fuera de esto hay un motivo infinito, que persuade a Dios que tenga piedad y compasión con nosotros; y no le hay tal para que use de rigor y le persuada severidad. ¿Dónde tiene la justicia la sangre del Hijo de Dios derramada para que se castiguen los pecadores, como tiene la misericordia para que se perdonen? ¿Dónde tiene el rigor los infinitos merecimientos de Jesucristo, que inciten a Dios para que tome venganza de los malos, como tiene la piedad para que use de indulgencia? La muerte de Cristo no fué para que Dios fuese riguroso, sino misericordioso. No hay de parte de la justicia el aparato y tesoros que tiene la misericordia; por lo cual se dice ser Dios *rico en misericordia*, y no en justicia. Grandes tesoros tiene la misericordia en la sangre del Hijo de Dios, en su Pasión, vida y muerte, de infinitos merecimientos. Nada de esto tiene la severidad, porque nada de esto fué para que Dios fuese severo, sino piadoso. A la justicia nadie la habla al oído, nadie la aviva; mas a la misericordia da voces y clama el Hijo de Dios puesto en la cruz, y la despierta y aviva.

Sólo tiene la justicia de su parte el aborrecimiento que Dios tiene a los pecados; pero este mismo aborrecimiento le tiene la misericordia de la suya. Pues por el mismo caso que Dios no puede ver al pecado, le hemos de pedir nos le perdone. Más aborrece Dios a los pecados, que el hombre les puede aborrecer. Pues si el hombre con menor odio quiere ver destruídos sus pecados, Dios, con mayor aborrecimiento, ¿cuánto más los querrá ver desechados y destruídos? Con echar la justicia a uno al infierno, no destruye al pe-

cado, antes quedará eternamente; pero con perdonar la misericordia al pecador, destruye y asuela al pecado.

§ 3

Necesidad de la esperanza.

Es necesaria la esperanza en Dios para alcanzar la gracia, así para templar los desmayos que puede causar el temor, como para alentarnos con el premio que promete a los que con fidelidad le sirven, como también porque nosotros no podemos nada bueno de nuestra parte; y la obra de la justificación, en que se perdonan los pecados y da la gracia, es tan ardua y levantada, y totalmente sobrenatural, que no hay fuerza en la naturaleza humana ni angélica, que pueda alcanzarla por sí misma. Es necesario el poderoso brazo de Dios, y que extienda su mano omnipotente para levantarnos a pretender el estado divino de la gracia. Porque así como para conocer los misterios divinos fué necesario se elevase nuestra naturaleza con una facultad y hábito sobrenatural y excelentísimo, que nos dispusiese para su conocimiento, así también para esperar de la infinita bondad de Dios sus auxilios y gracia, que es sobre toda naturaleza, es menester que esté elevada y confortada nuestra voluntad con otra facultad y hábito divino, que es el de la esperanza.

De donde hemos de sacar mayor estima de cosa tan alta, como es la gracia, pues es sobre toda naturaleza, y tan divina, que ha menester para sólo desearse, fuerzas divinas; y para alcanzarla efectivamente, es necesaria la omnipotencia de Dios. ¿Quién, fiado de sus fuerzas, pudiera conseguir cosa que es sobre todas las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién sino es con las alas que le

da la bondad divina, y con las fianzas de su omnipotencia, se atreviera a tener el pensamiento de ponerse en un orden con Dios? Fuera ésta una presunción diabólica, una soberbia luciferina. Pero ya que la misma bondad de Dios nos da ánimo, y la omnipotencia sale por fiadora, y está empeñada la palabra divina que nos ha prometido su ayuda, y para desearlo nos infunde facultad y fuerzas, ¿quién no se animará a su mismo bien? Por cierto que cuanta insolencia fuera pretender la gracia por nuestras fuerzas, tanto lo es no pretenderla fiados de las divinas.

¿Quién hay que con esto no confíe, pues Dios quiere y puede sacarnos del pecado, pues hizo tanto por sacarnos, pues nos lo pide y lo manda? Si un hombre hubiera caído en un profundo pozo, donde no viese sol, ni luna, ni hubiera traza ni fuerza de salir, mirando a sus fuerzas, ¿qué podía hacer sino desesperar de la salida? Pero si un rey poderoso tuviese modo para levantarle hasta el brocal del pozo, y le hubiera prometido dar entonces la mano para ayudarle a salir, y que si saliese le daría la mitad de su reino, ¿cómo pudiera dejar de animarse aquel hombre, y hacer entonces lo que pudiese con grande alegría y esperanza de su remedio y de conseguir bienes tan grandes? Esto pasa en el pecador, que por su culpa ha caído en una profundidad inmensa, de donde es imposible por sí solo levantarse. Dios, con los hábitos de fe y de la esperanza le sublima a estado que pueda ya salir, ayudado con su gracia, y le ha prometido su mano poderosa para sacarle; y juntamente ha empeñado su palabra, que en saliendo le hará heredero de su reino: ¿por qué ha de quedar por el pecador este tan gran bien suyo? Tenga esperanzas de verse libre y de verse más que rey.

La palabra de Dios no puede faltar: ayúdese él para acabar de salir, y Dios le ayudará y acabará de sacar. No repare en cosas de la tierra; no repare en nada. Aliéntese a todo por verse fuera de un peligro eterno. Ayúdese el hombre de su parte, que Dios le ayudará de la suya. Dios continuará el favorecernos, pues nos previene con sus auxilios Haga el hombre lo que debe y puede, y Dios hará más que debe.

No niega Dios su amistad y gracia a nadie que hiciere lo que es en sí para merecerla. Verdad es que nada podemos sin la ayuda divina; pero quien se aprovecha de ella disponiéndose como puede y conviene para la gracia habitual, Dios no se la negará, porque el mismo Dios ha empeñado en esto su palabra. Por Zacarías (1, 3) dice: *Convertíos a Mí, y Yo me convertiré a vosotros.* Por Ezequiel (33, 12) clama: *La maldad del malo no le dañará en cualquier día que se convirtiere*; y otra vez dice: *Cuando se apartare el malo de su maldad, vivificará su alma.* Tan pronto está Dios para darnos vida de gracia cuando nos dispusiéremos para ella, que no lo dilata un día, ni una hora, ni un punto. Es cosa infalible, que no niega el Señor la gracia habitual a ninguno que se prepare para ella. Lo cual nos ha de animar mucho para que con gran confianza la busque el pecador; porque si hace lo que puede, Dios no faltará a su promesa. Y no sólo el hábito de la gracia, pero otros auxilios particulares no niega Dios al que hizo lo que pudo con los primeros que recibió. Dios empieza; y si el hombre se ayuda, Dios prosigue y va dando gracia por gracia, no negando otra segunda a quien hizo lo que pudo con la primera. Con esto se ha de alentar nuestra esperanza a buscar la gracia de Dios en su misma gracia.

CAPITULO 4

DE LA ÚLTIMA DISPOSICIÓN PARA ALCANZAR LA GRACIA, QUE ES LA CONTRICIÓN VERDADERA

§ 1

Excelencia de la contrición.

Después de la confianza en Dios se sigue la contrición. Porque la misma bondad de nuestro Criador, que da alas al corazón humano para pedirle perdón de sus pecados, esperando de su infinita misericordia la remisión de ellos, convida al alma

a que ame a tan buen Señor y Padre, que tan bueno es en Sí, pues lo es para con los que le han ofendido, concediéndoles tan fácilmente perdón de sus ofensas y restituyéndolos a su amistad, como si no hubiera pasado nada.

De este amor de Dios nace un gran dolor de haberle ofendido, atravesándose el corazón de pena al pecador de haber sido tan malo para con quien es tan infinitamente bueno, y proponiendo con firme resolución de no tornar eternamente a dar disgusto a tal Señor y Padre. Todo lo cual se ha de hacer por ser Dios quien es, sumamente bueno y sumo bien; porque el mismo motivo que tiene el cristiano para amar a Dios verdaderamente, que es ser Él quien es y bondad infinita, ese mismo tiene para aborrecer el pecado, doliéndose de él y resolviéndose a no cometerle más.

Esto es *contrición*, la cual contiene amor de Dios, odio del pecado y propósito de la enmienda de él, con la observancia de todos los mandamientos.

A esta disposición se sigue luego la gracia; de manera que en el mismo momento que tiene el pecador verdadera contrición de sus pecados, en el mismo punto le son perdonados y le infunden la gracia, transfiriéndole de esclavo del demonio a ser hijo de Dios. Y así a David, en el mismo punto que con verdadera contrición dijo que había pecado, le respondió el profeta Natán (2 *Reg.*, 12, 13) que Dios le había perdonado su pecado.

Admirable cosa es la contrición, y excelentísima y diviníśima obra de nuestra voluntad, y sobre todas sus fuerzas; pero ayudada con una facultad divina y hábito sobrenatural de caridad, obra tan grande obra, que vuelve al alma la vida, y la convierte a su Criador, y la entrega a Dios, y la hace divina y soberana, y una nueva criatura del cielo, no de la tierra, y esto en un instante.

¡Oh qué diferentes son las obras de Dios de las de los hombres, las espirituales de las materiales, y las eternas de las temporales! ¿Cuánto más fáciles y más ciertas son las riquezas de la gracia, que las de la naturaleza y del arte y de la ambición? ¿Cuántos han gastado grandes patrimonios, se han desvelado largas noches, han andado varias regiones, han hecho infinitas y trabajosas experiencias por hallar aquel artificio con que se hace del estaño o hierro, plata y oro, que, si lo hallasen, se tendrían por dichosísimos? ¿Cuánto más fácil es esta obra de Dios, que a tu alma, ennegrecida del pecado, corrompida de vicios y muerta a Dios, la blanquea, sana y vivifica? Espántanse los hombres que un poco de metal bastardo se transforme en aquilatado oro, y la resurrección de un cuerpo muerto causa extraña maravilla. ¿Qué maravilla será, cuando vean los ángeles que un alma, disforme como un demonio, se vuelve en un instante, por la contrición, más resplandeciente que el sol, más hermosa que los cielos, más preciosa que el oro de todo el mundo; y lo que más es, de muerta se torna viva y resucitada a una vida soberana y divina? Esto hace la contrición, no en las cosas que están fuera de nosotros, ni sólo en nuestro cuerpo, sino en nuestra propia alma, que es la parte más noble que tenemos, y lo que somos principalmente, y por lo que somos. No hay artificio para resucitar al cuerpo corruptible, pero hay modo con que se puede resucitar el alma inmortal, que es la contrición. ¿Cuánto se debe más preciar?

Es tan eficaz la contrición, que si uno tuviera todos los pecados de Arrio, Mahoma, Lutero, el Anticristo, y juntamente todos los pecados que hicieron Lucifer con sus secuaces, con sólo un acto de contrición verdadero se le perdonaran todos, y quedara hermoso como un ángel.